

ACERCA DEL “NO” ENLOQUECEDOR ²⁹

²⁹ Una primera versión de este trabajo fue presentada por el equipo de CPSEA en una reunión científica de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis (SAP) en noviembre de 2009. Luego, en mayo de 2010, junto a Olga Inés Pon, presentamos el caso clínico en un taller del VIII Congreso Argentino de Psicoanálisis realizado en Rosario.

Debe tenerse en cuenta que en gran medida este escrito es el resultado de un trabajo en equipo. Para redactarlo, cuento con el prolijo registro cuasi taquigráfico de lo que ocurrió en las sesiones multifamiliares y en los ateneos posteriores, llevado a cabo por la Lic. María Pérez Sarre. Cuento también con los materiales de los tratamientos individuales que simultáneamente realizaron tres de los miembros de la familia y el registro de las correspondientes supervisiones brindadas por la Lic. Olga Inés Pon. Cuento finalmente con el enriquecimiento de ideas que surge en el debate que realiza todo el equipo en forma constante.

1. Introducción

Según Freud (1915c), para recortarnos del mundo y constituirnos a nosotros mismos, el “no” cumple el más fundamental de los papeles: nos separamos del mundo distinguiendo de manera nítida el yo del no-yo justamente por la existencia del “no”. En primer lugar, nos damos cuenta de que “esto que *no domino*” no soy yo (yo-realidad inicial). Apenas un poco más tarde, guiados por el principio de placer, preferimos pensar que “esto que *no me gusta*” no soy yo (yo-placer). Finalmente aceptamos la realidad y solemos distinguir con criterios más objetivos: esto soy yo y “esto otro”, “el mundo”, *no pertenece a mi ser, no es mi yo* (yo-realidad definitivo). En este orden de ideas, el “no” constituye una línea demarcadora que por un lado es un límite y por otro una barrera de contención.

No es necesario ahora justificar con los argumentos ampliamente conocidos acerca de la necesidad de establecer adecuadamente los límites en la crianza de un niño. No hace falta tampoco remarcar los perjuicios que pueden causar la excesiva rigidez o la excesiva debilidad en la educación. Es más que sabido que, por exceso o por defecto, el “no” de los padres, educadores y todos aquellos a los que les toca ejercer la autoridad, puede causar profundos daños.

El presente trabajo surge de haber observado una situación un tanto distinta a las habituales, en la que no se podría hablar de exceso o de defecto sino de *un modo particularmente enloquecedor de decir “no”*.

2. Carolina y su familia

Un sábado de abril de 2006, Carolina y sus tres hijos se integraron al grupo multifamiliar de CPSEA. Vinieron porque Tobías, de 6 años, debido a sus trastornos de conducta y de

aprendizaje, debía concurrir a una escuela especial a la que asisten chicos bastante perturbados. Carolina aceptó con entusiasmo la invitación/indicación de una de las psicólogas de esa escuela para que participara de nuestro grupo multifamiliar, y con ese entusiasmo se integró al trabajo que veníamos realizando los sábados cada quince días como hemos contado en otro lugar.³⁰

Una mirada sobre Carolina y su familia

Por María Pérez Sarre

Carolina es una mujer muy delgada, delgadísima, de unos 35 años. Su llegada y la de sus hijos generaron una revolución en la reunión multifamiliar... Torbellino, enjambre, ella y sus hijos, sus hijos y ella...

Sin embargo, como la sonrisa de un payaso, ese entusiasmo, esa alegría velaba algo incierto que durante los primeros encuentros tratamos de ir entendiendo. Rápidamente sus tristezas, su dolor, sus temores se empezaron a presentar entre nosotros.

Encuentro tras encuentro ella fue desgranando poco a poco su historia y la de sus hijos. La vida no es fácil para nadie, pero a ella se le ha vuelto a través de los años una carga que la dobla, la vence. Carolina es linda pero su belleza se ha detenido en el tiempo, hace años. Seduce como la adolescente que fue y que no pudo. Seduce a pesar de ella, sin saberlo. Largo pelo rubio, ondas, maquillaje... pero algo al mirarla, entristece.

Vino con sus hijos, o ellos con ella, y los fuimos conociendo.

Fiorella, apenas al verla, impacta. Es muy parecida a su madre, la misma belleza con la frescura y la inocencia de sus 13 años. Más

³⁰ Desde fines de 2008 todo el trabajo relativo al grupo multifamiliar no se realiza más los días sábados, como relatábamos en el Capítulo 2, sino los días lunes a la tarde.

adelante descubriríamos las manchitas de pena ya posadas sobre su alma. No obstante, su chispeante alegría, sus ocurrencias, sus reclamos adolecentes despertaron complicidades y sonrisas en todos. Cursa el secundario, se ocupa de sus hermanos, los lleva al colegio, hace mandados. No le va tan bien. No puede, a veces no puede con todo.

Tobías tiene 6 años. Es el segundo hijo de Carolina, de su segunda pareja, de la cual hoy, también está separada. Cuando llega a la multifamiliar entra y mira. Inquieto, a veces inhibe, a veces asusta. Desde el primer día sus ojos brillan, se escapan detrás de lo que le interesa, la mayoría de las veces es alguna terapeuta, alguna paciente. Las observa, se acerca y casi por descuido pero con intención busca el contacto. Después veríamos que lo mismo hace con su hermana menor, ¿o lo hace ella con él?

Ime es la más chiquita, de solo un año, hija de una tercera pareja de Carolina que hoy no convive con ella pero con la cual todavía se relaciona. Crece muy rápido, vemos sus logros. Aprendió a caminar durante este tiempo, se ríe, pregunta. Es muy dulce, muy linda... pero también irrita y eso no fue fácil de entender al principio. Con ella entre nosotros, trabajar se vuelve una tarea difícil, agotadora. Su simpatía empieza a invadir, a demandar, a fastidiar.

Cuando vinieron por indicación de la psicóloga del colegio se les ofreció terapia individual para Tobías y para Carolina, en principio solo una vez por semana (porque es gratuito y los terapeutas ya tienen cubiertas las horas en que pueden atender sin honorarios). Mucho más adelante, Fiorella comenzó a manifestar interés por tener también ella su propia terapia y varios meses después la inició.

Carolina y sus tres hijos concurrían puntualmente a las reuniones multifamiliares. Y todos, incluidos los chicos, perma-

necían la mayor parte del tiempo en las largas sesiones que suelen durar más de dos horas y media.

El tema de la presencia de todos los niños, cualquiera sea su edad o madurez, merece una digresión que puede ser de interés para quienes trabajen con la técnica multifamiliar. Desde un punto de vista, puede pensarse que con sus juegos, ruidos y/o llantos los niños “perturban” el desarrollo de la reunión. Muchas veces nos hemos planteado si su presencia era conveniente. La verdad es que en más de una ocasión nos ha costado mucho trabajar en esas condiciones. Suele suceder que, cuando todo se va preparando para alcanzar el clima que posibilite la palabra oportuna capaz de convocar vivencias intensas —que son justamente aquellas que pueden provocar modificaciones—, un llanto, un ruido, un juguete que se cae, una pelea inoportuna rompe la magia que el instante estaba a punto de generar y hay que volver a comenzar.

Sin embargo, hemos pensado que esa es la realidad que viven esas familias, en cuyo ámbito debe de ser muy difícil o hasta ilusorio imaginar que se pueda generar un clima propicio para el diálogo. Otras veces —y esto es lo más llamativo aunque no debería sorprendernos— los chicos, conectados emocionalmente más de lo que cualquiera podría imaginar, expresan a su modo, de las más variadas maneras, lo que ellos sienten, piensan, quieren, desean o temen. Como los síntomas histéricos en el texto freudiano, los chicos “intervienen en la conversación”.³¹

Por otro lado, la presencia de los chicos en la multifamiliar

³¹ Freud (1895d, pág. 163) decía que los síntomas “intervienen en la conversación” y, a modo de respuesta a las interpretaciones, primero se intensificaban para finalmente ceder.

permite observar las interdependencias recíprocas desde su origen. En el caso particular de Carolina, vimos su interrelación personal con Ime, su hijita de poco más de un año, la relación de Ime con sus hermanos, etcétera.

Pensar que los chicos, con sus llantos, peleas y juegos, molestan equivale en gran medida a pensar que los delirios y las angustias profundas de los pacientes típicos de las multifamiliares perturban el desarrollo y la coherencia de la reunión, cuando en realidad, esos son justamente los “materiales” con los que se teje su trama más valiosa.

Como ya hemos contado en el Capítulo 2, además de los dos coordinadores en nuestras reuniones participan varios terapeutas, las más de las veces en silencio. No es raro entonces que alguno de los terapeutas salga un rato al patio, o a alguno de los consultorios, a jugar con uno o dos de los chicos. No se trata meramente de entretenerlos. Por lo común, lo que allí sucede se integra con la reunión general, ya sea porque cuando vuelven cuentan lo que estaban haciendo y esa actividad se integra en los significados generales de la reunión, ya porque en el ateneo posterior se relata lo que sucedió, por así decir “al costado” de la reunión, y se evalúa si en próximas ocasiones será conveniente continuar con esa actividad un tanto paralela o si es mejor que durante ese período el chico permanezca en la reunión general.

Todo esto no es muy diferente a lo que sucede en los otros grupos de psicoanálisis multifamiliar cuando un paciente, por los motivos que sea, se retira y vuelve, acompañado o no, por otro paciente o por un terapeuta.

Naturalmente no siempre podemos *comprender el significado* de todo, ni mucho menos. Pero es cierto que pensamos que todo lo que sucede posee un sentido en el conjunto de

interdependencias, aunque no seamos capaces, momentánea o definitivamente, de entenderlo.

Volvamos a Carolina y su familia, que justamente fue uno de los casos donde esto que venimos diciendo se aplicó en forma cabal. Tobías, por ejemplo, jugaba, se integraba, molestaba, perturbaba, intervenía. En las primeras reuniones a las que asistió, después de jugar un rato, pedía la palabra como si fuera un adulto más y contaba, como si fueran plenas verdades, que tenía una novia de 17 años, que iba con unos compañeros a la cancha de Chacarita (en San Martín, su lugar de residencia) y le pegaban a un grupo de enemigos, etcétera. Lo decía en un tono y una actitud que llamaban la atención, porque “psiquiátricamente” no cabía adjudicarle el mote de fabulaciones o delirios, aunque se parecían, y él se mostraba convencido de lo que relataba. Recuerdo que la cosa se fue diluyendo y el grupo tranquilizando después de que les dije en una o dos ocasiones que lo que decía Tobías “era totalmente verdad”... *que eso que él decía era verdaderamente lo que él quería, eran sus deseos.*

Por otro lado, la actitud que tenía Tobías con las psicólogas jóvenes o con alguna paciente no era la de un chico de 6 años, sino la de un adolescente excitado al que se le iban los ojos, aunque a diferencia de los adolescentes, sin ningún pudor.

Por su parte, la presencia de lme resultaba en principio enternecedora. Una nena linda, inteligente, simpática, conmovedora en su manera desafiante de preguntar “por qué” casi antes de que alguien le dijese algo. Jugueteando allí entre los grandes, pasando de los brazos de la madre a los de la hermana y, más raramente, deambulando entre los participantes; consentida en muchas ocasiones, un poco porque sí y otro poco “para que no moleste”...

3. Pasos hacia entender el “no” enloquecedor

Hacia fines de mayo, la tercera o cuarta vez que asistían a la multifamiliar, Ime estuvo molesta y caprichosa y resultó difícil lograr que no perturbara la reunión. En el ateneo posterior, una colega con experiencia en grupos multifamiliares hizo un comentario acerca de lo incómoda que la había puesto la situación de la mamá de Tobías, Fiorella e Ime. Por un lado, Carolina autorizaba a Ime a jugar con las cosas que llevaba en su cartera y después guardaba todo, como diciéndole que no podía hacerlo; pero al mismo tiempo dejaba la cartera al alcance de su hija, casi como una invitación a que volviera a hacer lo mismo que le había prohibido. Subrayó la molestia grande que le había producido a ella, y se sentía sorprendida por la intensidad de su contratransferencia negativa.

Esta observación y las descripciones de otros colegas sobre el modo de actuar de Carolina nos hicieron tomar conciencia de la incoherencia de sus prohibiciones, ya que mientras le sacaba la cartera a la hijita casi al mismo tiempo le ofrecía, por ejemplo, la billetera, un objeto que inmediatamente debía ser prohibido en cuanto empezaba a sacar los papeles y billetes que ella contenía, más valiosos y por lo tanto más prohibidos que la cartera toda.

Pensamos entonces que esa prohibición contradictoria resultaba un maltrato irritante y que había sido eso lo que había provocado los sentimientos contratransferenciales de molestia de nuestra colega hacia Carolina.

Como tantas otras veces, estas hipótesis nos llenaron de entusiasmo porque supusimos que con ellas tendríamos herramientas para nuevas comprensiones. No nos imaginábamos, empero, que varias reuniones después estos recursos nos permitirían echar alguna luz sobre lo que probablemente sea el

núcleo más difícil de las interdependencias de Tobías con su madre y sus hermanas.

Unos sábados después, en una ronda de unas veinte personas, la multifamiliar se desarrollaba en paz, y Tobías, mucho más tranquilo que otras veces, dibujaba en un pizarrón, en el suelo, casi a los pies del coordinador, hasta que comenzó a hacer unos ruidos involuntarios por el deslizamiento del marcador. Jacinta, una paciente que se describe a sí misma como una persona “con retardo madurativo”, comenzó a ponerse nerviosa e inquieta; le pedía a Tobías que no hiciera ese ruido.

Cada pedido era como echar unas gotitas de nafta al fuego y el ruido iba *in crescendo* en la misma proporción que la molestia de Jacinta. Dado que el chillido del marcador resultaba muy débil, Tobías, con una habilidad increíble, comenzó a imitar el ruido con la boca, pero ahora a un volumen mucho mayor. Cuando yo que estaba cerca le pedí que no lo hiciera, el desafío continuó con mucha más virulencia. Quise contenerlo con firmeza pero fue peor. Se escapó e intentó encerrarse en un consultorio contiguo. No recuerdo bien por qué —tal vez porque temí que rompiera algo, tal vez porque quise poner a prueba si había algún modo de contenerlo y evitar el desborde—, la cuestión es que dejé la reunión (creo que en todos estos años lo hice solo dos veces), me fui hasta donde él estaba, lo tomé de los brazos y procuré serenarlo.

No recuerdo haber visto en mi vida semejante cara de furia... ¿o era terror? Era un terror que se volvía agresión: le salía fuego por los ojos, le brillaban los dientes, sacudía su cabeza para golpearla contra la mía y daba alaridos que parecían gritos de guerra, aunque en realidad fueran de espanto.

Debo decir que por unos segundos oscilé entre la sorpresa, el asombro y la incredulidad. No es la primera vez que

como psicoanalista me vi sorprendido por “los demonios del averno” que sin proponérmelo había convocado, pero esta vez habían surgido unos que superaban lo que yo había podido imaginar. Es cierto también que esos sentimientos no me invadieron totalmente ya que pude rotar interiormente y sentir una profunda pena por ese pequeño “monstruo” que, poseído, me enfrentaba con fiereza. Le solté los brazos y lo dejé ir. Cuando dejó de sentirse acorralado, su agresión se desinfló casi de manera inmediata y apareció, en primer plano, notoriamente, el miedo. Se metió en el baño sin cerrarlo con llave y uno de los terapeutas se quedó en las proximidades haciéndole compañía. Yo volví a la reunión, donde se notaba el clima tenso que los gritos de Tobías y la escena toda habían provocado. Las aguas se calmaron pronto; Tobías se fue al patio a jugar con un terapeuta; Jacinta, como es habitual, quedó un poco alterada; Fiorella estaba tranquila; y fue notable que Carolina no sintiera la necesidad de intervenir. Esos fueron los hechos.

Después, en la calma elaborativa de un grupo pensando juntos, en esa verdadera playa de reposo y reflexión que es el ateneo posterior a algunas multifamiliares extremadamente conmovedoras y agotantes, fuimos hilvanando ideas acerca de por qué el “no”, el límite, la contención, pueden ser aterradores.

Las preguntas de partida fueron: ¿Por qué se pone tan “loco” Tobías cuando uno intenta contenerlo? ¿Por qué, en lugar de resultarle un límite tranquilizante, sintió que lo encerrábamos en la jaula de los leones y se defendió convirtiéndose él mismo en un león aún más furioso? Y con una formulación más general: ¿cuándo y por qué el “no”, que debería ser un límite y una barrera de contención, conduce a un callejón sin salida desesperante?

Esbozamos estas posibles respuestas:

- *En primer lugar*, un “no” es expresión de un rechazo. En este contexto “no hagas esto” significa “rechazo esto que vos hacés”, pero es sentido inmediatamente como “rechazo esto que vos sos, te rechazo, no te quiero”. Este rechazo, si es experimentado como definitivo puede sumir al sujeto en la angustia más insostenible.³²
- Cabe imaginar también *otro motivo* de angustia y terror frente al “no”. Cuando el “no” no es acompañado de una contención adecuada, la prohibición puede dejar al yo, al mismo tiempo, *débil y necesitando ser fuerte* para contener los impulsos, que empujan desde adentro pero que desde afuera son prohibidos. El yo debe contenerlos, pero no ha recibido los recursos, no aprendió a desarrollarlos, con lo que se justifica *el terror de tener que hacer aquello que no se puede*, y el yo se ve aterrorizado: al mismo tiempo arrasado por los impulsos y sometido a las fuerzas siniestras de la prohibición. Frente al “no”, el yo, extremadamente frágil, se espanta.
- Otra posibilidad surge de reflexionar acerca de lo que había planteado la colega en relación con los juegos de lme y las prohibiciones incoherentes de su madre. Nos pareció ver en esas prohibiciones la gestación de un “no” enloquecedor *in statu nascendi*. Imaginamos que Carolina, perturbada ella misma por un objeto interno enloquecedor, enloquecía a sus hijos con “noes”

³² En el Apéndice que se incluye al final de este capítulo, realizo consideraciones que amplían y completan el análisis de estas vivencias.

verdaderamente perturbadores. No se trataba simplemente de la mera incoherencia de prohibir y no sostener con firmeza la prohibición. En el caso de Carolina, la incoherencia de la prohibición parecía rotundamente enloquecedora. Sucede que después de prohibir algo, a renglón seguido, ella misma tentaba con un objeto más prohibido aún que el primero. De ese modo, el yo de sus hijos no recibía ayuda para fortalecerse sino que por el contrario era expuesto a mayores tentaciones y, consecuentemente, a la vivencia de mayor debilidad ante la necesidad de autocontenerse. En estos casos, la excitación va en aumento y, como describe Bateson (1979, pág. 94), deviene un sistema cismogénico que indefectiblemente va a estallar. El límite, en lugar de contener, estimula y genera un ir hacia adelante maníaco que conduce al colapso.

En Síntesis, en cualquiera de las posibilidades descriptas, *la prohibición no cumple la función de continencia sino que, al contrario, expone a una incontinencia mayor.*

4. El trauma en vivo

Poco tiempo después, surgió nuevo material como la pieza que faltaba para completar el mosaico de las formas vinculares que configuraban el mundo familiar de Carolina y los suyos.

La escena del cachorrito

Por María Pérez Sarre

La reunión se desarrollaba normalmente. El clima era ameno. Varios participantes conversaban de forma animada sobre sus pre-

ocupaciones. Eran, como ocurre en muchas ocasiones, inquietudes relacionadas con lo que sucede entre padres e hijos.

La familia de Carolina había concurrido como lo hizo siempre, todos juntos, todos puntuales... En esta ocasión, y ya desde hacia varios encuentros, Julián, el papá de Tobías, se sumó a las sesiones multifamiliares. No fue fácil la integración al grupo, ni para él ni para ella.

En las reuniones anteriores a la inclusión de Julián y en las entrevistas que correspondían al tratamiento individual de Tobías, Carolina relató broncas hacia Julián y temores en relación con el acercamiento de él y su hijo. Contaba que Tobías volvía distinto de la casa de su papá, raro. A veces enojado, a veces no quería volver a ir. No solo Julián no respetaba los horarios o los compromisos de ir a buscarlo; además, en la casa de su padre, quien vivía con el abuelo de Tobías, el niño todavía no tenía su cama y dormía en un sillón; y mucho más... Carolina sostenía que Julián tenía actitudes indebidas, de "abuso" hacia su hijo. Ella explicó que Tobías contaba que el papá se masturbaba delante de él, que veía películas pornográficas y que incluso le había pedido que lo bañara a él y a su abuelo.

En las supervisiones compartidas, por los informes del terapeuta, nos enteramos de que Tobías no contaba nada de esto en las sesiones individuales, no hablaba directamente de cuando iba a lo de su papá. Su juego tenía componentes agresivos, con connotaciones sexuales, pero sin referencia directa o indirecta al padre. De hecho, cuando el padre comenzó a participar del tratamiento de su hijo en algunas sesiones conjuntas la situación mejoró notablemente. Julián participaba sin saber bien cómo, pero Tobías disfrutaba mucho de esos encuentros.

El primer día que Julián vino a una multifamiliar, al verlo entrar, Tobías corrió a sus brazos, saltó y lo abrazó. Julián le correspondió afectuosamente y en la medida justa. En esa reunión la imagen que nos habíamos hecho a través de los relatos de Carolina tambaleó. No parecía ser el hombre agresivo, difícil, que exponía a su hijo a situaciones sexuales inapropiadas y abusivas, sino que se mostraba

como alguien de cáscara dura pero muy finita, que en el fondo era más frágil de lo que parecía. Ese día soportó tanto las actitudes de Carolina como la mirada, sin duda inquisitiva para él, de todos nosotros.

Desde que Julián se sumó a la multifamiliar, Tobías estuvo mucho más tranquilo. Jugaba distendido, no se pegoteaba tanto a su hermanita menor, ni se le trepaba encima. Respetaba lo que le decía su papá, lo miraba, se sentaba al lado...

Carolina toleraba mal la presencia de Julián. Con él había convivido un tiempo y las cosas no habían terminado nada bien. En las reuniones, la presencia de Julián la tensionaba. Se la veía a la defensiva y al acecho para salir en defensa de sus cachorros. Hablaba indirectamente, no podía mirarlo, cuchicheaba con Fiorella quien se volvía una caricatura de la mamá y funcionaba como si fuera la muñeca de un ventrílocuo.

Julián callaba, a veces decía algo. Tenía una actitud un poco desafiante, posiblemente desconfiada. Paulatinamente fue animándose a hablar más de él. En general no se dirigía directamente a Carolina sino solo en raras ocasiones, lo cual generaba siempre cortocircuitos. Unas cuantas reuniones atrás, aparentemente por la forma en que Julián la había mirado, Carolina se desbordó, atravesó la sala con dos zancadas e intentó tirarse encima de él para pegarle. Fueron necesarios dos terapeutas, el coordinador y la colaboración del grupo para sujetarla y llevarla a un consultorio donde pudo quedarse con su terapeuta, que participaba de la reunión, y con otros miembros del equipo. Increíblemente, en ese momento de descontrol su cara, sus gestos, su mirada fueron similares a los de Tobías cuando, aterrado, se volvió un animal enfurecido frente al coordinador.

La reunión que queremos relatar en detalle se desarrollaba, como veníamos contando, en un clima particularmente tranquilo. En la ronda, Carolina y Julián se encontraban sentados uno a cada lado del coordinador quien ex profeso se había sentado ahí para evitar así miradas o gestos mutuos que los irritasen, principalmente a Carolina.

Promediando la reunión, el coordinador preguntó por la escuela de Tobías. Julián relató que estaba muy conforme: que Tobías había progresado mucho, avanzaba cada día. Su conducta también había mejorado enormemente. Ya no iba a la escuela especial para chicos con severos trastornos de personalidad; a raíz de sus avances, había sido derivado a una escuela común.

Julián recalcó que le habían dicho que el problema de Tobías no era intelectual sino emocional, que tenía dificultades con las normas, con cumplir reglas. También dijo que, según sus propios relatos, Tobías no estaba contento con la escuela nueva, la maestra, los compañeros. En este contexto, el coordinador preguntó al grupo cómo se lo podía ayudar. Entonces llovieron elogios sobre el niño con el lógico fin de consolidar su autoestima.

Tobías había estado jugando tranquilo en la sala, se mantenía calmo y casi no interrumpía. Cuando se empezó a hablar de él se le generó cierta inquietud. Comenzó a hacerse el “cachorrito”. Daba vueltas en el centro, movía la cola, emitía sonidos raros. Esta actitud aumentó notablemente frente a los elogios o comentarios positivos. La situación provocó en principio ternura: era un cachorrito bueno buscando cariño. Era un juego más, acorde con la edad y se le permitió que lo desarrollase como cualquier otro juego.

Pero el tema de conversación cambió y también cambió el contenido del juego de Tobías. De las cuestiones escolares se pasó a hablar de las visitas a lo del padre, de la posibilidad de que se quedase allí y en qué condiciones... El coordinador preguntó al grupo si Tobías tendría que ir a dormir a la casa de su papá.

Fiorella dijo que su hermano venía triste de la casa del padre, que no le hacía bien ir. Carolina empezó a comentar que había actitudes de Tobías que aparecían según que hubiese estado o no con su papá. Ella valoró que su hijo no se pasara más a su cama. (Muchas sesiones más adelante, habría de relatar cómo “para calmar la angustia de Tobías” lo llevó a dormir nuevamente con ella en una descripción que dejaba entrever que quien estaba angustiada y necesitada de consuelo era ella y no su hijo). El tema de la necesi-

dad de Tobías de ver con más frecuencia al padre y de dormir algunas noches en la casa de él era fundamental para el desarrollo del proceso terapéutico.

Mientras transcurrían estas conversaciones, Tobías fue mutando el juego del “cachorrito”. Carolina vestía con pollera y sandalias. Sus piernas delgadas y atractivas estaban a la vista. Cuando Carolina comenzó a hablar, Tobías se acercó a ella y empezó apoyarse en sus piernas. La situación se volvió tensa para todos, salvo para Carolina, que miraba complacida. Tobías hacía movimientos pélvicos, le lengüeteaba la pierna a su mamá cerca de los tobillos. El voltaje de la escena iba en ascenso, al compás de los lamidos de Tobías, que ascendían hacia las rodillas de su madre. Ella percibió la situación y comentó que era un juego habitual de ella con él y de él con las hermanas. Sus palabras, lejos de hacer bajar la tensión, la aumentaron. La enorme incomodidad general testimoniaba la necesidad de la urgente intervención de un tercero.

El coordinador se encontró en una situación compleja. Estaba en medio del papá y la mamá mientras Tobías “consumaba el incesto” con la anuencia de su madre. Era necesario poner un límite. En el ateneo, el coordinador contó que había pensado en hacer intervenir al padre pero que desistió inmediatamente. Iba a ser muy violento que Julián se levantara para sacar a su hijo de la escena con Carolina. Carolina no se lo iba a permitir. Prefirió llamar a uno de los terapeutas varones presentes e indicarle que sacase a Tobías, que lo llevase a jugar al patio. Tobías accedió enseguida y se fue. Jugó con naturalidad y aceptó los “no” del terapeuta sin inconvenientes.

La tensión desapareció. La prueba había pasado. La sesión continuó con los temas habituales en un voltaje tolerable. Cuando, más tarde, Tobías, reintegrado a la reunión, comenzó a jugar a arrastrarse, Julián lo retó. Tobías obedeció. Se le sugirió a Julián salir a jugar unos minutos con él al patio. La reunión prosiguió y poco después ellos se reincorporaron. Terminada la reunión, Tobías, al salir, se aferró al marco de la puerta sin querer irse, y Julián, discretamente, le hizo un llamado de atención al que Tobías obedeció sin mayores problemas.

Comentarios en el ateneo

Después de las intensas sensaciones de desborde, de susto, de locura que atravesaron la sesión como un rayo, una vez más el ateneo fue un remanso.

El juego del “cachorrito” fue comprendido como un ejemplo, nada sutil por otra parte, de cómo los chicos participan con su propio lenguaje del tema tratado en las reuniones de grupo, y sobre todo es un ejemplo de que para ello “hacen intervenir al síntoma en la conversación”: cuando se hablaba de la conveniencia de que Tobías se quedara semanalmente en la casa con el padre –supuesto abusador–, él respondió “con el síntoma”, como diciendo “esto es lo que yo hago cuando me quedo con mamá”. Poniendo en escena el síntoma nos indicó que nuestra intervención estaba dando en el blanco y podría entenderse también como un estímulo para que siguiéramos por ese camino, que para él prometía ser liberador de una trama familiar prácticamente impenetrable.

Naturalmente, surgieron muchos comentarios más, pero lo importante es que la escena toda y sus significados dieron margen para imaginar...

Por la reacción desesperada de Tobías cuando lo agarré, habíamos tomado nota de que no tenía casi registro de lo que podía ser una experiencia de continencia que lo calmara.³³ Ahora terminábamos de ver, en vivo, frente a nosotros, un fragmento de una escena traumática que no llegó más lejos porque la interrumpimos para evitar su imaginable culminación. Y con todos los elementos con los que contábamos nos arriesgamos a realizar una *construcción* (Freud, 1937d) significativa.

Cabía suponer que la escena que vimos o alguna seme-

³³ Un desarrollo más completo de este aspecto puede verse *infra* en el Apéndice de este capítulo.

jante se repetía con frecuencia. Sin la presencia y la *intervención de un tercero*, ¿cuánto habría subido el voltaje erótico del juego de Tobías? Cuando todos estábamos francamente incómodos, Carolina seguía actuando como si se tratara solo de un juego tierno. Imaginamos que llegado el momento en que superara su umbral, culposa, le diría que “no”, que no hiciera eso, pero lo diría con su particular manera de decir “no”; o sea, frente a la segura insistencia de Tobías, habría ofrecido como compensación algo más prohibido o tentador que el anterior.

Supusimos que muchas de las noches en que compartían la cama, Carolina, angustiada, carente, se aferraba a la ternura de su hijo, pero muy rápidamente –como lo pudimos ver en lo que hemos llamado *el trauma en vivo*– la ternura devenía erotismo y la excitación se tornaba inmanejable. Para colmo, si finalmente la prohibición llegaba, venía con la promesa de más erotismo. Imaginemos, por ejemplo, que en los primeros momentos, como sin querer o como jugando, Tobías le tocara los pechos, o se hiciera el cachorrito que quería ser amamantado. La madre podría haberle dicho “bueno, basta”... pero al darse vuelta, ofrecerle un nuevo flanco tentador: la nueva posición posibilitaría que Tobías le apoyara los genitales y realizara los movimientos pélvicos que le vimos practicar en diversas sesiones montándose sobre su hermanita...

Por lo que efectivamente vimos, Carolina no tenía conciencia plena de su tolerancia, su participación y/o su incitación. Si nos parece mentira que así pueda ocurrir, recordemos la acertadísima afirmación que escuchamos en boca de un personaje de la película *Belleza americana*: “Nunca subestimes el poder de la negación”.³⁴

³⁴ En *Belleza americana* (*American Beauty*), hay una escena en la que un joven está en su casa, en su habitación, vendiéndole marihuana a un vecino a

Pero lo reprimido vuelve. Esta vez, como tantas, retorna-ba “como desde el exterior”, a partir de la proyección sobre Julián. A él, Carolina le atribuía seducciones tanto más dañinas cuanto mayor debe de haber sido su propio sentimiento de culpa, que ella seguramente presentía pero no podía sentir, por imaginarlo intolerable.

¿Habrá sido nuestra construcción un ejercicio exagerado de ingenio? Los indicios que siguieron parecen demostrar que no.

5. Una historia abierta

Las cosas cambiaron... Tobías ya no se acostó en la cama junto con su madre.

Un día, respondiendo a nuestras alusiones acerca del pegoteo o no pegoteo de Carolina y de sus hijos, ella, risueña, dijo: “Ah, les tengo que decir algo. Hay un nuevo integrante de la familia”. La inquietud de que pudiera ser un nuevo embarazo generó una leve tensión que se disipó cuando Carolina dijo que el nuevo integrante era un perrito y ¡es el perrito el

quien conoce hace poco, mientras le cuenta cómo hace para eludir la insidiosa y desconfiada persecución paterna. El vecino está asombrado por lo que oye y viendo los costosos equipos de audio y video que tiene el joven para su hobby, no puede creer que el padre “se trague” que todo eso lo ha comprado con el escaso sueldo de mozo, empleo que el muchacho tiene solo para encubrir sus ganancias como *dealer*. Es entonces cuando el joven dice: “Nunca subestimes el poder de la negación”. La escena siguiente testimonia la verdad del aserto: el padre entra a la habitación y al revisar un cajón con doble fondo evidente, ve solamente las remeras que torpemente lo encubren. La película fue dirigida por Sam Mendes y el guión es de Alan Ball. La frase es tan sabia que sus autores —o difusores— merecen ser recordados por sus nombres.

que ahora duerme con ella! Un rato después, en el ateneo, alguien bromeó sugiriendo que el próximo paciente de la multifamiliar iba a ser el perrito “enloquecido” de Carolina. Más allá de la broma, nos pareció un recurso válido, menos dañino, el de aferrarse a un perrito como una posesión que evitara la angustia profunda del desamparo que inundaba la vida de Carolina.

Pero, a nuestro entender lamentablemente, el perrito no fue suficiente para llenar tanta carencia. Muy poco tiempo después, Carolina estaba nuevamente embarazada. Recibimos la noticia con angustia pero también con alegría. La vida siempre es una esperanza. En este caso, el embarazo y el futuro nacimiento, con la extrema dependencia del puerperio, tal vez ofrecían la posibilidad que Carolina fuera desarrollando recursos yoicos más genuinos.

Este embarazo fue complicado, a decir verdad, como los anteriores, y el nacimiento, se adelantó, al igual que en los otros partos.

A medida que iban transcurriendo los días las noticias eran más angustiantes. El bebé parecía padecer alguna patología congénita relativamente invalidante. *¿Se estaba materializando una siniestra intención inconsciente de tener un hijo dependiente que le garantizara a Carolina la eterna negación de su propia debilidad al tener que ocuparse de un ser siempre más débil y siempre dependiente de ella?*

A medida que se iba confirmando la patología, nuestra angustia y estupor iban en aumento. Todo indicaba que se trataba de una enfermedad grave, y a nosotros nos obligó a formularnos una serie de preguntas incómodas: ¿Fueron adecuados los cambios provocados por nuestra intervención terapéutica? ¿Habría sido mejor que todo siguiera su curso sin ella?

Supimos de Carolina y su familia hasta que el bebé cumplió el año. Todos se mudaron a Uruguay para encontrarse con un pariente que les prometía ayuda y protección. Hasta ese momento, el bebé había padecido múltiples intervenciones quirúrgicas y era mayor el tiempo que había permanecido internado que el que vivió en su casa. Ese último año Tobías se había conducido casi permanentemente como un chico normal. Cuando los nuevos residentes de nuestra institución, los que no conocían la historia, se cruzaban con Tobías en el pasillo, en la puerta de entrada o en la sala de espera, se congratulaban con su terapeuta comentándole lo querible que resultaba el pacientito que atendía.

El progreso de Tobías es esperanzador. Es dable imaginar que, en condiciones favorables, podrá desarrollar recursos propios suficientes como para enfrentar el “infortunio ordinario” de la vida, como decía Freud (1895d, pág. 309). Carolina, en cambio —lo sabemos, lo vimos—, se fue llevando aún indómito en su alma “eso” dañino que la enloquece a ella y al círculo de quienes no pueden eludir su influencia.³⁵

6. Apéndice

Cuando intenté ponerle límites a Tobías y me encontré con esos ojos asustados y asustantes, y con la sensación de que ese no era el camino para atemperar la furia de sus “demonios”, en el ateneo, *a posteriori*, imaginamos tres posibilida-

³⁵ Han transcurrido varios años desde el final de esta historia. Mientras nos ayudaba a corregir la redacción final del presente trabajo, una colega particularmente comprometida con todo el proceso, dijo, sorprendida: “La descripción de lo que eran en los primeros tiempos Carolina y sus hijos me

des diferentes para explicar cuándo, más que contener, los límites encierran en callejones sin salida.

Sabemos que es difícil imprimir una experiencia nueva si de alguna manera no hay *ninguna* impronta de significado análogo. Así, podría pensarse que no hay manera de ponerle límites a un chico que nunca tuvo una experiencia concreta de contención, y ese podría ser al caso de Tobías. Sin embargo, los hechos relatados muestran que hubo otras formas de ponerle límites sin que se produjese semejante reacción, por ejemplo, cuando se lo sacó a jugar al patio o cuando el padre le indicó que se soltara del marco de la puerta. ¿Por qué entonces mi forma de poner límites resultó contraproducente?

Puedo imaginar ahora, que si alguien no ha vivido la experiencia de una autoridad continente que actúa con *firmeza sin odio*, cuando reciba un límite firme le va a otorgar el significado de un rechazo sin retorno, de un abandono en el desamparo más absoluto.

Sabemos que la vivencia de terror frente al desamparo puede generar reacciones diversas: algunos reaccionan entre-gándose, bajando la guardia, sometiéndose, atontándose, etcétera, como se ve en varios de los ejemplos clínicos de este

parece mentira. Sobre todo Tobías. Carolina está pintada de pies a cabeza como era hasta que se fue, pero Tobías, cuando dejaron de venir, era otro chico". Naturalmente me gustó su comentario y la estimulé para que se exhibiera. Me contó, entre otras cosas, que recordaba que las primeras sesiones de Tobías se interrumpían porque se ponía muy violento, se escapaba del consultorio, quería meterse en el consultorio en el que estaba siendo atendida la madre. Las terapeutas le tenían miedo; no querían quedarse solas con él en los pasillos o en la sala de espera. Esta colega consideraba que dos años después, en 2008, antes de que Carolina y sus hijos se mudaran y dejáramos de verlos, Tobías era un chico normal, al punto de que ahora se sorprendía al leer cómo había sido Tobías en sus primeros tiempos.

libro; otros, como creo que es el caso de Tobías, cuentan con una reserva importante de agresión a la que son capaces de apelar como recurso extremo: perdidos por perdidos, se juegan a *matar o morir* antes que dejarse caer, sin pelear, en el fondo de la inermidad sin esperanza.

El aprendizaje que podemos aprovechar de aquella experiencia con Tobías y de estas reflexiones está lleno de implicancias. Un límite firme que impide el recurso de la rebeldía, aunque sea puesto con serena convicción, sin odio, puede ser vivido por quien no tuvo suficientes experiencias de contención tranquilizadora como estar atrapado sin salida y resulta, en ese caso, otra forma de límite enloquecedor.

El límite firme que impide la rebeldía solo es continente y por eso tranquilizador cuando quien lo recibe *tiene la “salida” de no necesitar salir*, porque no está encerrado: quien lo contiene *le transmite también la certeza de que se puede quedar ahí*, que no es él el que está siendo rechazado, lo que se rechaza es solo una parte de su conducta.

En los tiempos que vivimos, estos párrafos aspiran a ser una opinión en contra de las propuestas de “mano dura” con la que se pretende solucionar los problemas de inseguridad que nos aquejan. En la medida en que la llamada “mano dura” sea llevada a cabo con odio vengativo —o solo con que sea experimentada por quien la recibe como expresión de odio vengativo— generará más y más violencia, despertando las fuentes inagotables de agresión de quien es capaz de luchar hasta su propia muerte.